

hombre que sin ruido y sin fama sirve á Dios y al prójimo en un retiro voluntario, contento con un trabajo servil, con tal que sea útil y segun las disposiciones de la Providencia; y, por último, que no podemos imprimir bastante en nuestros corazones la gran leccion del Hijo de Dios á los setenta discípulos. Los habia enviado á predicar el Evangelio, y á la vuelta de su mision les oyó decir con algun género de gusto y complacencia, que hasta los demonios se les habian sujetado, y les dió esta admirable respuesta: *Yo he visto á Satanás caer del cielo como un rayo! Verdad es que os he dado el poder de hollar las serpientes, y abatir todas las fuerzas del enemigo, sin que nada pueda haceros daño; pero con todo eso, no conviene que os alegréis de que los espiritus se os sujeten, ni de que esto os hace ser temidos y reverenciados en la tierra; alegraos de que vuestros nombres están escritos en el cielo* (Luc. x, 18). Suspiremos por el cielo, hermanos míos; hagámoslo todo por Dios, que es el único que puede premiar bien nuestros trabajos; no busquemos una gloria perecedera, sino la que durará para siempre, y que os deseo á todos.

## DIVISIONES.

**REPUTACION.**—Lo que más nos pone en estado de servir al prójimo es la buena reputacion.

Lo que más nos inutiliza con respecto á nuestro prójimo es la mala reputacion.

**REPUTACION.**—Debemos hacernos dignos de la buena reputacion que tenemos y que tal vez no merecemos.

Debemos practicar obras de piedad, contrarias á las que nos dan una mala reputacion.

Debemos conservar la buena reputacion que hemos merecido, continuando en la práctica de las virtudes que nos la han granjeado.

**RESIGNACION; véase: CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS; y PACIENCIA.**

## RESPECTO HUMANO.

## I.

*Omnia verò opera sua faciunt ut videantur ab hominibus.*

Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres.

(MATTH. XXIII, 5.)

La falsa devocion y el cuidado en granjearse las atenciones públicas con el ejercicio de las obras santas, no me parece que es el escollo que más deba temerse para la mayor parte de los fieles. Es verdad que puede suceder que el vicio de los fariseos tenga imitadores, pero no es este el vicio dominante en la mayor parte de los hombres. El respeto humano que hace que sirvamos á Dios por granjearnos la estimacion de los hombres, es más raro que el que nos impide servirle por temor de perderla. La tentacion más comun no es gloriarse de una virtud falsa, sino el avergonzarse de la verdadera; y el temor culpable del respeto humano condena á muchos más cristianos que la desvergüenza y la doblez de la hipocresia.

Estos dos vicios se parecen entre sí, en que ambos sacrifican la salud eterna á los vanos juicios de los hombres. Pero como entre todos los obstáculos para la conversion es el más comun y peligroso el respeto humano, y el cobarde y pecaminoso temor del mundo, importa mucho el explicar claramente en qué consista su engaño; porque en cualquiera estado que nos haya colocado la Providencia, siempre estamos unidos á cierta especie de gentes que nos rodean, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros protectores. Este corto número de personas forma para nosotros un mundo aparte; tememos sus juicios, y sacrificamos á su gusto aún nuestros deseos de virtud, si por ponerlos en ejecucion hemos de merecer sus burlas y censuras. Digo, pues, que esta disposicion encierra primeramente un desprecio de Dios, que la hace muy culpable; en segundo lugar, un temor del mundo, que la hace muy insensata; y finalmente, una preocupacion contra la virtud, que la hace muy injusta: un desprecio de Dios, que la

hace muy culpable, porque teméis al mundo más que á Dios; un temor del mundo, que la hace muy insensata, porque haceis demasiado caso de la vanidad de sus juicios; finalmente una preocupacion contra la virtud, que la hace muy injusta, porque os la figurais como una condicion siempre espuesta al desprecio y á las burlas del mundo, siendo así que el mismo mundo la respeta y admira. El delito del respeto humano, su locura y su injusticia son todo el asunto de este discurso. Imploramos, etc. A. M.

1. La malicia del comun enemigo pone dos peligrosos lazos á la flaqueza de los hombres, uno de seducccion y otro de terror. Un lazo de seducccion, atrayéndolos con esperanzas lisonjeras; y un lazo de terror, asustándolos con necios temores. Se vale del primero cuando quiere corromper la inocencia y enredarla en los funestos caminos de las pasiones; y recurre al otro cuando quiere intimidar al pecador que está ya medio movido, y ahogar en su nacimiento sus débiles deseos de penitencia y salvacion.

Es verdad que la experiencia del mundo y de los placeres casi basta por sí sola para defendernos contra la primera ilusion que nos promete en ellos encantos y felicidades imaginarias; y tambien es cierto, que nada ayuda tanto á desengañarse del mundo como el mismo mundo. Pero esta larga experiencia, en vez de curar los vanos temores acerca de sus juicios, parece que solo sirve de hacernos más tímidos. Cuanto más hemos vivido en el mundo, más le tememos; quanto más hemos envejecido bajo su yugo, más le respetamos; quanto más hemos experimentado sus placeres y sus agitaciones, más respetos queremos guardar con él cuando se trata de abandonarle y de entablar una vida más regular y retirada. Pues sabed, amados oyentes míos, vosotros á quienes un temor tan culpable retiene aún en la esclavitud del mundo y de las pasiones, no obstante las santas inspiraciones que continuamente os están llamando á unas costumbres más cristianas; sabed que esta disposicion ultraja á la grandeza de Dios y á la verdad de sus promesas; y que los tímidos respetos que actualmente os separan de Él, son más injuriosos á su gloria, que los mismos delitos que os habian separado hasta aqui.

A la verdad, la grandeza de Dios pide que no le compareis con un mundo despreciable, y que tengais toda la gloria que proviene de los hombres por sueño y por error, puesta en paralelo con la suya. Pero cuando por una parte os llama la voz de Dios, y por otra os detiene el temor de los hombres, le decís con la disposicion de vuestro corazon: Señor, yo os sirviera desde ahora si el estado en que me

hallo me permitiera el serviros. Yo bien quisiera romper para siempre con un mundo que me es pesado é insufrible, si declarándome por vuestra ley no le diera motivo para que le censurase y se burlase de mi nueva conducta. Es verdad que conozco que el vivir separado de vos es una cosa triste; me habeis favorecido con inclinaciones propensas á la virtud, y con un género de horror á los vicios, de que tanto tiempo he sido esclavo. Con todo eso, aún arrastro mis cadenas, aunque contra mi voluntad; porque el mundo, con el que me es preciso vivir, y que no puede amaros, tampoco quiere que os ame; y aunque no me gusta, conozco que no tengo valor para atreverme á desagradarle. ¡Oh hombre! ¿sabes bien cuál es el estilo que usas con tu Dios? ¿Sabes que le estás diciendo: Me conformo, Señor, en que me maldigais, con tal que me apruebe el mundo; más quiero ser eterno objeto de vuestras venganzas y de vuestro desprecio, que dejar de gozar acá en la tierra de la estimacion y vanos aplausos de los hombres? ¡Cristiano! ¿no te horroriza esta impiedad? Pues advierte que estás incurriendo en ella.

Pero, no solamente ultraja á la grandeza de Dios este temor del mundo, sino que tambien es injurioso á la verdad de sus promesas. ¿Os parece que cuando os hayais declarado por Jesucristo, no sabrá su Magestad confirmar vuestro corazon contra el desenfreno de los juicios humanos, y que los dardos que tirarán entónces contra vosotros las lenguas de los nécios, no serán como los que arroja un tierno niño, de los que no se hace caso? ¿Os parece que hallándoos ilustrados con nuevas luces de la gracia, no oireis con santa firmeza unas conversaciones en que no hallareis mas que los funestos desórdenes de un entendimiento abandonado de Dios? ¿Os parece que mirareis siempre de un mismo modo los juicios de los hombres? ¡Ah! si entónces aún haceis caso de sus burlas, solo será para compadeceros de su perdicion y desórden. Desearéis que ellos conozcan al Señor, y no que aprueben vuestros procederés; que bendigan su santo nombre, y no que alaben el vuestro; que amen la virtud, y no que admiren vuestros ejemplos; su salvacion os interesará más que sus aplausos, y la gloria del Señor más que la vuestra. Yo he afligido mi alma con el ayuno, decia en otro tiempo un penitente rey, y el mundo se burlaba de mí; me cubrí de ceniza y de cilicios, y era la fábula de Jerusalem; lloré mi pecado en vuestra presencia, ¡oh Dios mio! y fui el asunto de las conversaciones y canciones satíricas de los insensatos: *Et posui vestimentum meum cilicium, et factus sum illis in parabolam... et in me psallebant, qui bibebant vinum* (PSALM. VI, 12, 15). Y entónces, movido más de su locura que de

su desprecio, os supliqué, Señor, que tuvieseis piedad de su ceguera, y que les manifestaseis las eternas verdades de vuestra justicia. Esta será la impresión que harán en vosotros los vanos discursos de los censores de la virtud.

Pero ¿no será cosa más prudente, nos decimos, el condescender con el mundo en ciertas cosas que pide la buena crianza, y reservar al mismo tiempo el corazón para Dios, que no quiere más que los corazones, aunque al mismo tiempo parezca que nuestro exterior se conforma con los demás? En esos tímidos respetos, haceis, hermanos míos, una afrenta á la grandeza de Dios á quien adoran todas las criaturas. Pues qué! ¿no os habeis de atrever á reconocerle por Dios á las claras? ¿Habeis de fingir delante de los hombres que no le conocéis? ¡Oh hombre! el Dios del cielo y de la tierra ¿no ha de ser para tí más que un Dios doméstico, y confundíndole con los ídolos que antiguamente estaban reducidos al hogar y recinto de cada familia, te has de contentar, como Raquel, con ocultarle en tu tienda y adorarle sin que lo sepan tus hermanos? También es ser ingratos á la gracia que os ilumina, que os mueve, que os disgusta del mundo y de las pasiones. ¿Es posible que os hayáis de avergonzar de ser el objeto de la clemencia y de la bondad divina? ¿Os han de causar más confusión los favores del cielo y el beneficio que curó vuestra alma de sus heridas, que la que os causaba en otro tiempo la infamia de esas mismas llagas? ¡Oh hombre! ¿Podrá un corazón noble avergonzarse de amar á su bienhechor? ¿Es modo de agradecer el don de Dios, avergonzarse de haberlo recibido?

Finalmente, también con eso dais ocasión de escándalo y de error á vuestros prójimos, porque esos ejemplos de condescendencia entre el mundo y Jesucristo son más peligrosos que los mismos ejemplos de una disolución declarada. A la verdad, la vida licenciosa de un pecador le granjea más censores de su proceder, que imitadores de sus excesos; pero los placeres y los abusos del mundo, autorizados con una vida, por otra parte regular, y aún muchas veces mezclada de acciones piadosas, causan un engaño casi inevitable. Cuanto más eviteis los desórdenes ruidosos, si por otra parte os permitis todas las diversiones y todos los abusos que autoriza el mundo, más peligrosos sois para vuestros prójimos: cuanto más les persuadís que el mundo no es tan compatible con la salvación como se piensa, haceis que nuestros oyentes estén más incrédulos y preocupados cuándo les anunciamos que es imposible servir á dos señores; y, finalmente, más multiplicais en la Iglesia las falsas penitencias, sirviendo de modelo á muchos pecadores casi arrepentidos, los que no se persuaden á que

en la virtud haya más de lo que os ven ejecutar, y hubieran pasado más adelante con la gracia de su conversión, si vuestra cobardía no los hubiera persuadido á que todo lo que ven de más en otros es demasia y exceso, y que solamente vosotros sabeis evitar la indiscreción, ateneros á lo esencial, y ser virtuosos como se debe en el mundo. ¡Oh hombre! ¿no basta el que tus desórdenes hayan servido de escándalo á tus prójimos, sinó que también ha de ser hoy funesta para ellos tu falsa virtud? Pero, por último, amados oyentes, ¿merece el mundo tantos respetos? Aún cuando no fuera pecado el sacrificar la salvación al temor de sus juicios y censuras, á lo ménos ¿no sería una locura? Pues esto es lo que voy á manifestaros en esta segunda parte de mi discurso: la locura del respeto humano.

2. Todos los pecadores son necios, porque todos prefieren un deleite instantáneo á las promesas eternas. Con todo eso, vuestras pasiones forman ciertos errores que no siempre es fácil distinguir de la verdad; los confunden con tanta destreza y de un modo tan parecido, y es tan difícil el conocerlos, que casi es imposible el no engañarse, y se puede muy bien decir que hay algunas ilusiones que, aunque opuestas á las reglas y á la obligación, á lo ménos se pueden excusar por las apariencias que tienen de equidad y prudencia. Pero la pasión de que hablamos no es de este número: su extravagancia se manifiesta con tanta claridad, que casi no deja lugar al engaño; es verdad que la locura es como el carácter propio del pecador, qué movido de un sincero deseo de convertirse á Dios, no se atreve á hacerlo, porque teme al mundo y á la puerilidad de sus discursos y censuras. Verdaderamente, hermanos míos, que si me dais lugar para considerar este vano temor en sí mismo y en las circunstancias que le acompañan, vendreis á confesar que es absolutamente insensato.

Dije, si se considera este vano temor en sí mismo; porque poneos en las circunstancias que quisiereis, ya sea de hombre justo ó de mundano, vivid como filósofos ó como libertinos; ¿os parece que todos los hombres aprobarán siempre vuestra conducta, ni que habeis de tener los votos de todos á vuestro favor? Siempre desagradais á unos por las mismas circunstancias que son motivo de que agradeis á otros: los hombres no se pueden convenir entre sí, porque las pasiones son la regla de sus juicios, y las pasiones son distintas en todos los hombres. Ahora bien, amados oyentes míos, supuesto que no podeis evitar la locura de los juicios humanos en circunstancia alguna de vuestra vida, ¿por qué la habeis de temer solamente en asuntos de devoción? Si en los negocios de la tierra no os sirve de

estorbo este inconveniente, ¿por qué lo ha de ser para el gran negocio de la salvacion?

Aún cuando declarándoos á favor de la virtud tuvierais al mundo entero por censor de vuestro modo de proceder; ¿qué importan los juicios de los hombres á quien tiene á Dios de su parte? ¿Acaso el mundo es el fin de vuestros trabajos por la salvacion? Si pareceis ¿os podrá salvar el hombre? Si el Señor os justifica, ¿quién se ha de atrever á condenaros? ¡Gran Dios! ¿es posible que haya quien se avergüence de servirlos á vos, á quien solamente corresponde el imperio, la gloria, la alabanza y la accion de gracias? Cualquiera temor que en este asunto tenga la criatura, ¿no es ultrajar vuestra gloria y el honor que vos mismo la haceis en permitir la que os adore? ¿Qué es lo que podrá el mundo decir de vosotros que tanto os acobarda? ¿Dirá acaso que sois inconstantes y que dais que decir al público? ¡Feliz inconstancia que os aparta de un mundo que siempre está inquieto y sin sosiego, por uniros á los bienes permanentes, que nadie os podrá quitar! ¿Podrá decir que sois locos en privaros de los placeres de vuestra edad? ¡Santa locura, más prudente que toda la ciencia del siglo! pues renunciando á los placeres, de nada os privais, y buseando á Dios lo hallais todo. ¿Podrá decir que solamente dejais al mundo porque el mundo os deja? Apreciable injusticia, que os impide el que recibais en la tierra, con las alabanzas de los hombres, una recompensa vana. ¿Qué teneis vuestros fines particulares, y que solamente haceis esa nueva figura por conseguirlos con más seguridad? Esta sospecha es más vergonzosa para el mundo que para vosotros mismos.

Estos son, amados oyentes míos, los discursos tan terribles que os hacen abandonar la empresa de vuestra salvacion; y no quiero preguntaros, quiénes son los que hablan de este modo; porque supongo que no son los justos, pues éstos siempre alaban al Señor por las misericordias que ejerce con vuestras almas; tampoco son los más prudentes entre los mundanos, porque para con éstos la virtud siempre tiene su estimacion y su valor; sinó un corto número de entendimientos superficiales ó libertinos, que en lo íntimo de su corazon glorifican á la virtud, y no la pueden negar un secreto respeto, al mismo tiempo que en público se están burlando de ella. Esta es la última reflexion contra el vicio que impugno; este vicio incluye en sí un error injurioso á la virtud, pues forma de ella una idea vergonzosa y despreciable, al mismo tiempo que el mundo la respeta y admira. Esta es la injusticia del respeto humano.

3. Es verdad que los Libros santos no prometen más que persecu-

ciones á todos los que quieran vivir conformemente á la piedad cristiana, y no permita Dios que yo me oponga aquí al lenguaje de la fe, ni que pretenda quitar á la virtud un carácter tan divino y de tanto consuelo para los justos. Pero no siempre persigue el mundo á los justos despreciándolos, sinó tambien ofreciéndoles atractivos capaces de engañar su inocencia, y autorizando los escándalos que pueden hacer titubear su fe, ó que hacen, por lo ménos, que gima su piedad; porque hay muchos géneros de persecuciones; y los desprecios y oprobios no son ni la más peligrosa, ni la más comun. Y así, hermanos míos, este escollo no es el más temible para la virtud. Este mundo enemigo de Jesucristo, que no conoce á Dios; este mundo que llama bien al mal, y mal al bien; este mundo, no obstante ser el que es, aún respeta á la virtud; tiene envidia algunas veces á su felicidad; suele buscar amparo y consuelo en los que siguen el partido de la virtud, y aún la honra públicamente. Hay impresos en la frente de los justos no sé qué divinos caracteres, que hacen que no se les puedan negar los secretos respetos; son como un espectáculo de religion, que no puede mirarse sin una especie de culto; son el arca del Señor, morada de su gloria, que aún entre los filisteos conserva su terror y majestad.

Cuanto más esclava de sus pasiones se halla un alma mundana, más estima en su interior al justo que sabe despreciarlas; por su propia flaqueza conoce todo el mérito de la virtud; cuanto más la oprime el amor á los deleites, mejor conoce que nada iguala á la grandeza y valor de un alma que puede resistir á este impetuoso encanto; todas sus caidas le sirven de lecciones que la enseñan á honrar á los justos, y aprende á estimar la piedad por las violencias que conoce es necesario hacerse para vivir segun Dios. De este modo, un alma fiel le parece un espectáculo mil veces más digno de admiracion que todos los que admira el mundo. Pero, no solamente no desprecia el mundo á los siervos de Jesucristo, sinó que él mismo los llama felices, envidia su suerte, y confiesa que han escogido lo mejor. Cristianos; ¡á vosotros os parece que los pecadores, esclavos de sus pasiones, siempre están embriagados con el encanto de los sentidos y de su engañosa felicidad! Os parece que siempre les dura la ilusion, y que toda su vida es un sueño! Pues os engañais: aún en medio de sus falsos placeres miran al justo con envidia; contraponen la paz de su conciencia á las crueles inquietudes que les sobresaltan; los consuelos que él experimenta en la virtud, á las vivas amarguras que mezcla siempre el mundo con sus pasiones. Este paralelo, que es tan triste para ellos, les hace suspirar en lo interior: conocen toda la mi-

seria de su estado, y toda la felicidad de la condicion del justo; pues ¿por qué habeis de temer el parecer siervos de Jesucristo en la presencia de unos pecadores, que desearian parecerse á vosotros, luego que vosotros dejais de pareceros á ellos?

Pero lo que me parece que aún hace más honor á la virtud es, que no solamente envidia el mundo la suerte de los justos, sino que regularmente no busca ni halla consuelo sino en su fidelidad y en su rectitud; y á la verdad, vosotros mismos, amados oyentes míos, en vuestras aflicciones, y en aquellas tristes circunstancias, en que arruinadas enteramente vuestra fortuna y estimacion, casi no os dejan esperanza de remedio, en que os es insufrible la presencia de los que eran vuestros amigos en los deleites, y que acaso tambien os abandonan; ¿en dónde hallasteis consuelo sino en las conversaciones de un amigo santo y fiel? ¿No habeis experimentado que solamente los justos saben ser amigos verdaderos, y que solamente ellos son capaces de participar de las desgracias de sus amigos sin indiferencia, y de su prosperidad sin envidia? Si; los mundanos siempre buscan á los justos para consolarse de las perfidias del mundo y de los caprichos de la fortuna; con ellos respiran aquel aire de candor, de buena fé y de verdad, que no se halla en el mundo. Con los justos no tienen los mundanos aquel temor de declararse, que siempre suelen tener con un enemigo, con un competidor, ó con un amigo falso; á los justos les manifiestan su corazon, descansan con ellos, excusan la fatiga de las cautelas y desconfianzas, y tienen la satisfaccion de declararse sin temor. De esto provienen los públicos honores que el mismo mundo tributa á la virtud: todos los días vemos en él algunas personas de baja suerte, aunque ennoblecidas con los dones de la gracia, granjearse la estimacion y los aplausos que no dan las dignidades ni el nacimiento.

Hermanos míos; rompied las cadenas cuyo vergonzoso peso no podeis sufrir, sacudid el yugo que os oprime, tened valor para despreciar los juicios de un mundo cuyos placeres habeis ya despreciado, y no hagais á la grandeza de Dios el agravio de temerle ménos que al mundo; á vuestro entendimiento, el de hacer caso de los juicios del mundo; y finalmente, á la virtud, la injusticia de creer que siempre es despreciada en el mundo. Y vos ¡oh Dios mio! acabad de iluminar á estas almas flacas que empiezan á conoceros; fortaleced su voluntad tímida y cobarde; triunfad nuevamente del mundo en su corazon; enseñadlas que solamente vuestros juicios deben temerse; que el desprecio y las censuras de los hombres no sirven más que de dar nuevo esplendor y añadir nuevo mérito á las acciones que aprue-

ba vuestra sabiduría; y que las obras de piedad, siendo dones vuestros, no pueden tener otra justa recompensa sino á vos mismo. Amen.

## RESPECTO HUMANO.

### II.

*Beatus est, qui non fuerit scandalizatus in me.*

Bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasion de escándalo.

(MATTH. XI, 6.)

¿Quién es, hermanos míos, el que habla así? Nuestro Señor Jesucristo. Pues qué, ¿hay acaso en el mundo una alma loca é ingrata que se escandalice del Dios Salvador? Ah! si, y ninguno de nosotros podrá vanagloriarse de no haber negado jamás á su Maestro, si no en el fondo del corazon, al ménos por su silencio ó por su conducta. Escandalizarse de Dios, es preferir á su ley la ley del mundo; es preferir la ley del mundo, no porque sea mejor, sino porque no hay atrevimiento para atacarla de frente; es temer las sonrisas, los epigramas, los elogios irónicos que el mundo dirige á los que olvidan el baile ó el concierto por el sermón, á los que se atreven á hacer la señal de la cruz en otra parte que en la iglesia, á los que siguen las procesiones, á los que saludan al sacerdote, á los que destierran las novelas de sus bibliotecas; finalmente, á los que por su conducta manifiestan que son cristianos y se jactan de llevar este título. En cualquiera posicion que el hombre ocupe, puede ser objeto de los sarcasmos claros ó encubiertos del mundo, que procura de este modo vengarse de la paz que no tiene, de las esperanzas que pierde, de la secreta vergüenza que experimenta en presencia de las virtudes y prácticas cristianas. En todas las posiciones, el mundo se arma del respeto humano para arrelatarnos la recompensa prometida por el Salvador á los servidores que no se avergonzaren de su cruz: *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.*

Muchas veces, hermanos míos, habeis oído censurar enérgicamente ese principio de apostasía, el respeto humano, apostasía la más vil de todas, en cuya virtud aquel que se hace culpable de ella procura proporcionarse un asilo en ambos campos, sacrifica al mundo diciéndose cristiano, y se promete venir en el día de las recompensas á encontrar á su Señor veinte veces vendido, veinte veces abandonado. Limitémosnos á manifestar lo que esta conducta tiene en sí de vergonzosa. Ya lo comprendéis; mas como el respeto humano ejerce sobre nosotros un poder tan deplorable, una influencia tan perniciosa, me propongo, hermanos míos, atacarlo hoy bajo otro punto de vista, despojándole de la hipócrita máscara con que ha querido ocultar su horrible fealdad y su peligro. Imploremos antes los auxilios de la gracia: A. M.

1. El respeto humano, hermanos míos, ha perdido tantas y más almas que las pasiones; pues al paso que Dios sabe algunas veces convertir éstas y servirse de ellas como instrumentos de nuestra salvación y motivos de gloria para él, esa cobardía, esa vileza que se llama respeto humano, nada produce en su pobreza, nada vivifica. Parece, á primera vista, que esas consideraciones y miramientos que tenemos á la opinión y costumbres de los demás, ese temor al juicio de los hombres, debía, al ménos en ciertos casos, preservarnos del mal y conducirnos al bien. Mas no sucede así, hermanos míos. Tal es el primer punto que establezco desde luego, para deciros despues que, aún cuando el respeto humano fuese hasta cierto punto preservativo, debe sin embargo hollarse.

El respeto humano no produce otra cosa que el mal. Toda nuestra vida, hermanos míos, está sometida á tres influencias: á la influencia religiosa, á la influencia íntima ó de la conciencia, y á la influencia del mundo. Qué, ¿somos acaso solicitados por tres pretensiones diversas? No, hermanos míos, pues demasiado sabeis, que la religion católica está siempre en perfecta armonía con la sana conciencia. No quedan, pues, más que Dios y el mundo. Ahora bien, ¿á cuál de los dos obedeceremos? Vosotros, hermanos míos, habeis respondido..... y habeis respondido sin vacilar; mas, á pesar de esto, ¿vuestra conducta está acaso de conformidad con vuestras resoluciones? Quereis obedecer á Dios, y, sin embargo, ¿cuántas veces no habeis obedecido al mundo? No os avergonzáis del Evangelio, y, sin embargo, ¿cuántas veces no habeis dejado denigrar sus preceptos? cuántas veces, por vuestras acciones ó por vuestro silencio, no habeis negado á Jesucristo vuestro Señor? Procuremos pues investigar cuál puede ser

la causa de una conducta tan extraña, de esa denegación de vosotros mismos.

Quando obedecéis al respeto humano, os creáis un compromiso, otorgáis una concesión; para lo que no tenéis derecho, porque entregáis lo que, no os pertenece: la verdad y vuestra alma que son de Dios. Agentes infieles, comprometed por una vergonzosa transacción, bienes que son inalienables. Una de dos: ó no creis firmemente en la verdad que abandonáis así, ni tenéis fé, ó contais con la misericordia de Dios, y entónces no tenéis caridad, puesto que os apoyáis sobre la bondad misma para ultrajarla. ¡Ah! hermanos míos, lo sé, no sois apóstotas con ánimo deliberado: sé que creis y amais; pero cedéis por temor á un trabajo ó disgusto pasajero. Entónces no tenéis dignidad ni fuerza, y esa debilidad acusa en vosotros una fé vacilante al mismo tiempo que una caridad tibia. Ved, pues, la razón por qué el respeto humano no ejerce su poderío más que sobre las almas y espíritus débiles hasta la locura, pues comprometen el porvenir por el presente, obedecen á la autoridad frágil, tiránica y caprichosa del mundo, siendo así, que tienen un solo Señor legítimo, inmutable y bienhechor; corazones débiles hasta la cobardía, que no quieren hacer el menor sacrificio por el autor y paciente del gran sacrificio, ni temen preferir sus comodidades al contentamiento del Padre celestial.

Ahora bien; con tales disposiciones, y conducida el alma por el respeto humano, ¿será probable que entre en el camino del bien? Mas no hablemos de probabilidades; vengamos á la certidumbre. Lo que hay de cierto, hermanos míos, lo que es tan evidente y claro como la luz, es que cuando elegimos entre la ley de Dios y la del mundo, vamos á cometer el mal; pues si la ley del mundo está de conformidad con el Evangelio y los mandamientos de la Iglesia, entónces no cabe elección; y si hay elección, hay oposicion, y todo lo que es opuesto á Dios, al Evangelio y á la Iglesia, es un mal. En eso se funda toda la cuestion de que os hablo; esta palabra, eleccion, es la que denota el vicio radical del respeto humano y su esterilidad por el bien; esta palabra, eleccion, es tambien la que precisa qué es lo que debe entenderse por respeto humano, y la que destruye los sofismas con que el mundo pretende oscurecer la verdad respecto de este particular.

Me explicaré. Quizá, hermanos míos, habeis oído decir, que el respeto humano es necesario y que es una salvaguardia; y puede ser tambien que por medio de algunos ejemplos os hayan hecho participar de esta opinion; en lo que hay una peligrosa confusion, pues se finge entender por la palabra respeto humano, el respeto de las cos-

tumbres exteriores, el respeto de sí mismo ante los hombres, el deseo de conservar su propia reputación, haciendo abstracción del móvil que os inspira este recato, esa moderación, esa dignidad, ese laudable deseo. Ved pues lo que hay de cierto en ese modo de pensar, ó, por mejor decir, en ese modo de hablar.

Si respetais las buenas costumbres por interés personal y no por pudor ni por agradar á Dios; si no las respetais por dignidad, por caridad ni por creencia, no sois más que unos hipócritas; sois culpables, porque, aún cuando entre Dios y las buenas costumbres no puede haber elección, os habeis determinado, sin embargo, en virtud de un móvil inferior; y habeis tenido fuerza para absteneros del mal por no desagradar al mundo, y no habeis tenido la fé y caridad necesarias para hacer de vuestro sacrificio una virtud. Guardando la ley del mundo, y siendo éste tan mudable ó inconstante, se sigue necesariamente que cambiariais segun las necesidades del mundo, y viajando con él, llegariais á tener costumbres cosmopolitas. Hay más; como el mundo no sonda lo interior del corazón, no os absteneis más que del mal ostensible; y no es del mal de quien huis, sinó del escándalo; y tampoco huis del escándalo como ocasion de ruina para el prójimo, sinó del escándalo como ocasion de pérdida temporal para vosotros mismos. Si no habeis renegado de Jesucristo en alta voz, es porque no se os ha exigido así formalmente, ó porque los que os lo exigian os parecian ménos temibles que aquellos en cuyo desprecio hubierais incurrido.

Si os absteneis del mal por respeto á vosotros mismos, os dirigiré dos preguntas: ¿ No os respetais más que para ser honrados? En este caso, cuanto acabo de decir de esos hombres de una virtud exterior, tiene aplicacion á vosotros, y el respeto humano no os preserva más que de las faltas públicas; no puede fecundar vuestras almas. ¿ Os respetais á vosotros mismos por consideracion á vuestra alma, procurais permanecer puros ó purificados porque conoceis y apreciáis la dignidad del hombre? Entónces, hermanos míos, ya todo cambia de aspecto; hay en vosotros, si no una virtud del órden espiritual, al ménos una virtud del órden moral, y no encuentro el respeto humano. No lo encuentro, porque hay conformidad entre vuestro modo de ser y la ley de Dios. Vuestra conciencia habla lo mismo que la religion: no habeis elegido el mundo ni le obedecéis aún en lo que puede tener de bueno; obedecéis á la ley que Dios ha grabado en vuestro corazón.

Mas descendamos al fondo de la conciencia, hablo de la conciencia del hombre de estos tiempos. Reconozcamos que el alma no tiene

realmente conocimiento de toda su dignidad si no es cristiana, y de consiguiente, el respeto de sí mismo supone el respeto de Dios y excluye el respeto humano.

No es posible, hermanos míos, distinguir en un alma cualquiera lo que pertenece exclusivamente á su conciencia nativa y lo que es un don de la educacion, de las influencias y conocimientos adquiridos. Desprendida la conciencia de todo aquello que no es ella misma, queda reducida al juicio bueno ó malo que nosotros podamos formar, haciendo abstracción de las doctrinas recibidas por un intermediario cualquiera. Basta decir que, tal como la sentimos en nosotros mismos en cierta edad y en el seno del cristianismo, es dos veces la obra de Dios, porque nos es imposible hacer abstracción completa de una educacion que han confirmado las nociones de la conciencia. Así, el hombre que diga no hace el bien ó evita el mal más que por inspiracion de su conciencia, se engaña grandemente si pretende con esto ponerse fuera del cristianismo que ha sido su medio, el inspirador de sus maestros, de sus parientes, y á quien la misma sociedad en que vive debe cuánto ella tiene de bueno. Si, pues, teneis un sentimiento real de vuestra dignidad y de los deberes que la misma os impone, por más que otra cosa pretendais, no podeis ménos de reconoceros deudores de este sentimiento al cristianismo, y no podeis separarlo del conocimiento que habeis recibido de vuestro origen y de vuestro destino. Hay, además, una certidumbre que no tendrais sin la palabra de otro, sin la enseña de los ministros de Dios, á saber, la de los deberes. ¿ Qué hombre, hermanos míos, podría decirse hay más justo que la justicia natural, que ciertos sábios del paganismo, Sócrates, por ejemplo, que para llegar á la poca verdad que poseyó ó vislumbró, tuvo que rebelarse contra las ideas recibidas y despojar su conciencia de todos los elementos de una funesta educacion? Y sin embargo, hermanos míos, estoy cierto que no hay ninguno entre vosotros que no conozca y sienta mejor sus deberes que aquel hombre tan grande bajo ciertos títulos. Y ¿ por qué? Ya lo he dicho; porque su conciencia tuvo que combatir; estaba rodeado de escollos y de enemigos, y no tenia más que su luz natural, mientras que la vuestra ha recibido la confirmacion de su luz, de su inspiracion; mientras que la vuestra está rodeada de socorros y de amigos; en fin, mientras que en todas las circunstancias en que la conciencia no es bastante (que muy raras veces lo es), teneis la ley escrita y el consejo del sacerdote.

Luego, si os respetais á vosotros mismos cuanto debeis y como debeis, esto no puede ser filosóficamente, sinó cristianamente; no

solo es á vuestra conciencia á quien lo debéis, sinó mucho más á la segunda intervencion de Dios, del Dios del Evangelio y del Calvario. Si os respetais á vosotros mismos, si haceis el bien, no por obedecer á la parte sana del mundo, ni tampoco por obedecer solamente á vuestra conciencia. sinó por obedecer á Dios; en este caso, el respeto humano desaparece, y el respeto de sí mismo se humilla ante el respeto de Dios.

Ast, el respeto humano significa eleccion de la ley del mundo con exclusion de la de Dios. La religion, hermanos míos, léjos de recomendaros chocar inútilmente con el mundo y contradecirlo con todo propósito, os enseña á no hacerlo sinó con conocimiento de causa, y entónces, si el mundo está en oposicion con Dios, tenéis necesidad de elegir entre uno y otro; pues de otro modo, obrando con una lijereza temeraria, so pretexto de no sufrir el escándalo, podríais llegar á causarlo; escollo que nos ha manifestado S. Pablo, quien en caso de duda, quiere que sigamos la costumbre ó el parecer de otro. Pero desgraciadamente, no es sobre puntos dudosos y de importancia secundaria sobre los que ordinariamente tenemos que decidirnos, y cuando cedemos al respeto humano, no sabemos que elegimos el mal. Sufrimos las consecuencias del escándalo, y en vez de levantar á los que nos han escandalizado, los dejamos y confirmamos más en su caída, contribuyendo así por nuestra parte al escándalo general que rodea de peligros á las almas fieles y valientes hasta entónces. Creo, hermanos míos, haber desenvuelto suficientemente esta verdad, á saber: que nos engañamos cuando atribuimos al respeto humano algun efecto feliz, y que á nuestra conciencia ó al cristianismo, es decir á Dios, es á quien siempre debemos dar gracias de ello.

2. Mas supongamos ahora, que cierto respeto humano pueda algunas veces sernos ventajoso, ó por mejor decir, aprovechar á la sociedad; pues bien, aún en ese caso, digo, que es preciso combatirlo ó desecharlo. Antes de pasar más adelante, téngase entendido, que aún cuando puedo hacer esta suposicion, no la aplico sin embargo á ese ingrato y cobarde temor de que habla el Evangelio. Ese respeto humano, hermanos míos, esa apostasia, que consiste en avergonzarse de Jesus, es demasiado evidentemente abyecta y criminal para que, ni aún por hipótesis, pueda considerarla un solo instante como provechosa á nosotros ó á la sociedad. Me avergonzaré de aquel que se avergüenze de mí, dice el Salvador: *Qui erubuerit me, erubescam et ego illum* (Luc. ix).

Habrà tal vez, hermanos míos, circunstancias en las que, á pesar de los consejos que acabo de daros, os creais refrenados únicamente

por el respeto humano; olvidareis quizá, que si no os avergonzais en presencia del mundo es porque el mundo conoce el cristianismo y sabe los deberes que impone; atribuireis al temor del juicio de los hombres, lo que debéis hacer remontar hasta Dios. Otras veces, por el contrario, considerareis como un mórto á los ojos de Dios, lo que no habeis hecho realmente más que por respeto humano. Cuando el exámen de vuestra conciencia no sirva más que para ilustraros sobre el móvil de vuestras acciones, y haceros conocer que esto lo habeis hecho por respeto al mundo, y aquello por respeto á Dios; cuando no obtengais por resultado más que reconocer al respeto humano bajo su máscara, ó despojarlo de la pretendida virtud preservatriz que le habiais prestado, entónces el exámen de vuestra conciencia os será eminentemente útil, y bajo este punto de vista os lo recomiendo. Preguntaos todas las noches, ¿he obrado así para el mundo ó para Dios? Y vereis que el mundo entra para mucho en vuestras malas acciones, y nada para las buenas.

Mas, en fin, vuelvo á mi suposicion que es esta: el respeto humano os ha impedido obrar el mal. Digo que, si de buena fé quereis reconocer en vuestro exámen de conciencia que no es la consideracion de Dios la que os ha inspirado y guiado, no debéis mostraros pesados por no haber obrado el mal, sinó tener un grande temor por esa funesta paz de que habeis gozado por un instante. En efecto, no debéis decir: solo el respeto humano me ha retenido; seguramente hubiera pecado si no hubiese tenido más que á Dios por testigo! Primer peligro. ¿Y quién será mi guia, mi salvaguardia, en todas las circunstancias en que el mundo no pueda juzgarme, bien porque no se fije en mí, bien porque mi conducta escape á su apreciacion? Y si debiera pasar el resto de mi vida entre los turcos, ignorado de cuantos me han conocido hasta aquí, ¿me haria mahometano? Y si durante algunas horas he podido alucinar me acerca del valor de mis esfuerzos y de mi recato; si he podido felicitar me de haber sido preservado de una mala accion por temor del qué se dirá si no tomo desde ahora la firme resolution de seguir otros consejos que los de la opinion; ¿no podré con el tiempo llegar á perder de vista aquel á quien debo dar cuenta en la eternidad, no solo de mis acciones, sinó tambien de mis pensamientos? No hay, hermanos míos, peligro mayor que el de la seguridad en la tibieza. Tal es el peligro que os rodea cuando os lisonjeais de haber sido preservados por el respeto humano, considerando esta égida como suficiente. Mirais como un beneficio aquello en que tal vez no se oculta más que un lazo; vuestra seguridad os hace despreciar vuestras armas; vuestra confianza



en un paliativo os hace olvidar el remedio, y, finalmente, seguis las prescripciones de un empirico y no consultais al médico.

Véase, pues, hermanos míos, como á pesar de todas las concesiones que algunas veces se hacen al mundo, como aún acomodándose á la falsa acepcion que se dá á las palabras «respeto humano,» todo lo que puede concederse, es que debo rechazarse desde luego ese pérfilo apoyo, que es preciso desconfiar hasta el horror de ese peligroso consejero, y que vale más combatir á cuerpo descubierto que resguardaros con esa coraza que ahoga y paraliza los movimientos del corazon.

Volvamos ahora, para concluir, á las palabras del Divino Salvador, procurando descubrir el sentido particular de ellas. ¿Con qué objeto fueron pronunciadas? Vémoslo, leyendo el Evangelio. Habiendo Juan oido hablar de las obras de Jesucristo, envió á los suyos á que le preguntasen: ¿Eres tú el que ha de venir, ó debemos esperar á otro? A lo que Jesus les respondió: Id y contad á Juan lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan; y, escuchad bien esto, hermanos míos: «el Evangelio es anunciado á los pobres; bienaventurado aquel que no se escandalice de mí!» ¿Eres tú el Dios Salvador, el Mesías? Ved y juzgad vosotros mismos, ved aquí mis testigos: mi poder y mis pobres clientes, mi doctrina y mi pobre auditorio. ¡Dichosos si en eso reconocéis la señal de mi divinidad! bienaventurados si no encontráis indigno del Mesías el estar rodeado de pobres, curar los enfermos y sembrar las más altas verdades en los corazones más sencillos! Esa es, hermanos míos, la causa principal de que Nuestro Señor fuese una piedra de tropiezo para los materiales y orgullosos judios, y para todo el antiguo mundo adorador del poder, de la ciencia y de los privilegios: muchos cayeron porque encontraron el escándalo del pesebre, de la cruz y de la predicacion á los pobres, el escándalo de la igualdad ante Dios y ante la verdad. Hoy también, hermanos míos, muchos hombres, quizá á pesar suyo, tropiezan contra esa piedra, y caen.

Nuestro miserable corazon se aficiona á todas las falsas divinidades, y desconoce frecuentemente la verdadera grandeza. No comprendemos bastante la nobleza de la humildad, la dignidad del enfermero, del médico, del consolador del pobre. ¿Y por qué? Porque el pobre no es á nuestros ojos igual, porque conservamos en el fondo del corazon un sentimiento anticristiano, un sentimiento íntimo, ridiculo, si no es odioso... En vano nos decimos cristianos y creemos serlo si nos avergonzamos de Jesucristo en la persona de sus pobres. Mas

decís: hacemos limosna. ¡Ah! ¿y de qué modo la haceis? Además, este puede ser un acto de superior á inferior. Hacedis limosna, y quiero suponer que la hagais bien: todavía no es esto bastante. Pues entónces, ¿qué se necesita? Es preciso considerar al pobre como igual á vosotros mismos; apreciar su dignidad, respetar la ancianidad y el sexo, lo mismo en el pobre que en el rico; en fin, es preciso que os habluéis á ver en el pobre, no un desheredado, sino un amigo de Dios, un sér más próximo á Dios que vosotros mismos, pues que lo purifica aquí bajo por medio de pruebas que lo ponen al abrigo de muchas tentaciones con que el mundo y las riquezas os rodean á vosotros. Entónces, y solo entónces no os escandalizareis con motivo de Jesucristo, con motivo de la Iglesia, que se declara madre de los pobres y de los enfermos, que les administra los Sacramentos, la instruccion, el socorro y el consuelo; que busca su sociedad, en la que se complace como el Divino Pastor en medio de su ganado. Entónces arrostrareis el respeto humano que os impide, por ejemplo, saludar á un pobre cuando un pobre os saluda; que os hace conservar para con vuestros inferiores ciertas maneras neciamente orgullosas, y que no exigen las necesidades sociales; arrostrareis el respeto humano, y no os asociareis jamás á los sarcasmos del mundo, cuando éste trate de ridiculizar órdenes ó instituciones cuya base y objeto no comprende; porque la base y el objeto son la humanidad, la pobreza y mortificacion voluntarias; en una palabra, arrostrareis el respeto humano, y despreciareis al mundo siempre que sea preciso elegir entre él, engalanado, brillante, poderoso, orgulloso y rico, y Jesucristo y sus pobres, débiles, sufridos, pequeños y humillados.

Ya os he dicho, hermanos míos, que el respeto humano ha perdido más almas que las pasiones. Sin duda Tertuliano, uno de los más grandes doctores de la Iglesia, pensaba así cuando exclamaba: *Salvo soy si no me avergüenzo de mi Dios: Salvus sum, si non confundor de Domino meo.*

En efecto, fácilmente se comprende que más irritado debe manifestarse el señor de la negacion de su criado, que de sus desobediencias. Menos ingratitud hay en sacudir momentáneamente el yugo para proporcionarse las funestas satisfacciones de una falsa independencia, que sacudirlo para tomar otro amo, para imponerse otras trabas. En efecto, en el primer caso, no os permitís hacer comparecer á Dios ante testigos; lo haceis en el segundo, para condenar y renegar de su ley; os acercais al pecado irremisible, que consiste en renegar del Espíritu... ¡Ah, hermanos míos! no exagero; ¿pensais, por ventura, que pueda remitirse el pecado á aquel de quien Jesu-

cristo se avergonzará en presencia de su Padre? *Qui erubuerit me, erubescam et ego illum.*

En fin, hermanos míos; pensad en la recompensa que os espera si confesais resueltamente vuestra fé por medio de vuestras palabras y acciones. Considerad que en la Iglesia triunfante, las más espléndidas coronas son adjudicadas á las almas que han combatido, no solamente sus pasiones, sino también al mundo, al respeto humano armado de violencia, de seducción ó de artificios; á las almas que ni aún exteriormente se han avergonzado de Dios. Imitad su ejemplo, hermanos míos, y, como ellas, recibireis la recompensa reservada á los servidores fieles.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Qui contemnunt me, erunt ignobiles.* I Reg. II, 50.

*Propter te sustinui opprobrium: operuit confusio faciem meam.* Psalm. LXXVIII, 8.

*Ambulans recto itinere, et timens Deum, despicitur ab eo, qui infamati graditur via.* Prov. XIV, 2.

*Noli quæsere fieri iudeo, nisi valeas virtute irrumperè iniquitates.* Eccli. VII, 6.

*Nolite timere opprobrium hominum, et blasphemias eorum ne metuatis.* Isai. LI, 7.

*Cui assimilastis me, et adquistis, et comparastis me? Id.* XLVI, 5.

*Posui faciem meam ut petram durissimam, et scio quoniam non confundar.* Idem I, 7.

*Qui me confusus fuerit, et verba mea, in generatione ista*

Los que me menospreciaren serán deshonrados.

Por amor de ti he sufrido los ultrajes, y se ve cubierto de confusión el rostro mio.

El que va por el camino derecho y teme á Dios, es despreciado por el que anda en malos pasos.

No pretendas ser juez, si no te hallas con valor para hacer frente á las injusticias.

No temais los oprobios de los hombres, no os arredren sus blasfemias.

¿A quién me habeis asemejado, é igualado y parangonado?

Presenté mi cara á los golpes, inmóvil como una piedra durísima, y sé que no quedará avergonzado.

Quien se avergonzare de mí y de mi doctrina, en medio de esta

*adultera et peccatrice, et Filius hominis confundetur eum, cum venerit in gloria Patris sui cum angelis sanctis.* Marc. VIII, 58.

*Non erubescio Evangelium.* Rom. I, 16.

*Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.* Idem. X, 10.

*Qui proposito sibi gaudium sustinuit crucem, confusione contempla.* Hebr. XII, 2.

*Quis est, qui vobis noccat, si boni æmulatores fueritis? ... Timorem autem eorum ne timueritis, et non conturbemini.* I Petr. III, 15 et 14.

*Ipsi de mundo sunt: ideo de mundo loquuntur, et mundus eos audit. Nos ex Deo sumus.* I Joann. IV, 5, 6.

*Timidis autem, et incredulis... pars illorum, erit in stagno ardentis igne, et sulphure.* Apoc. XXI, 8.

nación adúltera y pecadora, igualmente se avergonzará de él el Hijo del hombre, cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de los santos ángeles.

No me avergüenzo yo del Evangelio.

Es necesario creer de corazón para justificarse; y confesar la fé con las palabras ú obras para salvarse.

El cual en vista del gozo que le estaba preparado en la gloria sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia.

¿Quién hay, que pueda dañaros, si no pensais más que en obrar bien?... No temais los fieros de los enemigos, ni os conturbeis.

Esos tales son del mundo; y por eso hablan el lenguaje del mundo, y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios.

En órden á los cobardes, é incrédulos... su suerte será en el lago que arde con fuego y azufre.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Terribles fueron las consecuencias de la condescendencia de que se dejó llevar Aaron cuando el pueblo de Israel le pidió ídolos á quienes adorar. Les fabricó el ídolo manifestando una debilidad criminal: lo adoraron; pero aquella idolatría hubo de ser purgada con la sangre de veinte y tres mil prevaricadores (Exod. XXXII).

¿Qué hizo prevaricar y apostatar á Salomón de la verdadera religión? El respeto humano, ó la estúpida condescendencia que tuvo con sus mujeres y concubinas extranjeras (III Reg. 11). Esto nos en-

seña la constancia que debemos tener en profesar la religion aún á costa de nuestras amistades las más queridas y necesarias.

Así lo hicieron aquellos tres jóvenes hebreos, Sidrach, Misach y Abdénago, quienes tuvieron valor para decir al poderoso Nabucodonosor: *Notum tibi sit, rex, quia deos tuos non colimus, et statuas auream quam crexisti non adoramus* (DAN. 3), y constancia para arrostrar todos los tormentos, ántes que abandonar á Dios.

Lo mismo hizo Daniel, quien despreciando los edictos idólatras del rey, no ménos que sus amenazas, *fenestris apertis in cœnaculo suo*, dice el texto, *contra Jerusalem tribus temporibus in die flectebat, et adorabat* (DAN. VI).

Digno de imitacion es tambien el ejemplo de Tobías, quien huyendo de sus compatriotas idólatras, se dirigió al templo de Jerusalem á adorar al verdadero Dios (TOS. 1).

Los santos Padres no se cansan de admirar y encomiar á la Cananea, la cual ni confundida por las duras repulsas de Jesucristo, ni avergonzada de los dicitos de la muchedumbre, siguió al Salvador hasta haber logrado la gracia que pedía (MATI. XV). Igual alabanza merecen aquellos ciegos, que despreciando todos los respetos humanos y las reprensiones de la muchedumbre, no cesan de clamar hasta ser escuchados (MATI. XX).

Pero la resolucion más heroica fué la de Magdalena, que sin hacer caso de las personas, ni del lugar, ni del tiempo, todo lo atropella hasta arrojarse bañada en lágrimas á los piés de Jesucristo. (Léase el cap. VII de S. Lucas.)

Si una resolucion heroica es capaz de grandes actos para el bien, en cambio, la debilidad y el respeto humano producen toda suerte de desgracias. El respeto humano oculta las virtudes, doctrinas y milagros de Jesucristo: *nemo palam toquebatur de illo propter metum judæorum* (JOAN. XII); decreta su muerte injusta: *quarebat Pilatus dimittere eum... cum audisset hos sermones (non es amicus Cæsaris)... tradidit eis illum ut crucifigeretur* (JOAN. XIX); retiene á Pablo entre cadenas siendo inocente: *volens gratiam præstare judæis, Felio reliquit Paulum vincitum* (ACTOR. XXIV); pero no puede cerrar la boca á los Apóstoles, porque estaban animados del espíritu de Dios (IHEM IV, 20, —v, 29).

## PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Explicuisti frontem ad de-  
linquendum, et ad recte agen-  
dum contrahes?* Tertull. lib. 1  
contr. Marcion.

*Malefici gestiunt latere, de-  
vitant apparere, trepidant de-  
prehendi, ne torti quidem faci-  
le aut semper confiteantur:  
christianus, vero quid simile?  
neminem penitet, neminem pu-  
det, nisi retro fuisse.* Idem. in  
Apolog.

*Christus in preceptis suis  
dicit: qui confusus me fuerit,  
confundet eum Filius hominis;  
et christianum se putat, qui  
christianus esse confunditur?*  
S. Cyprian. de Dupl. mart.

*Non solus est proditor verita-  
tis, qui veritati renuntiat, sed  
etiam qui non profletur verita-  
tem.* S. Chrisost. in Hom.

*Frontosus esto quando audis  
opprobrium de Christo; quid  
times fronti tua quam signo  
crucis armasti?* S. August. in  
Psalm. LXXVIII, SERM. 4.

*Ne erubescas predicare quod  
nosti, et defendere, etiam inter  
blasphemos, quod credidisti.*  
Idem in Psalm. LXXX.

*Non sine causa signum suum  
in fronte nobis figi voluit, tan-  
quam in sede pudoris, ne  
Christi opprobrio christianus  
erubescat.* Idem, in Psalm. XXX.

Tuviste decision para pecar, ¿ y  
serás cobarde para obrar el bien?

Los malos tratan de esconderse,  
huyen de ser conocidos, temen  
ser descubiertos, por no haber de  
confesar sus crímenes en el tor-  
mento: ¿es eso lo que hacen los  
cristianos? Al contrario, ninguno  
se arrepiente, ninguno se aver-  
güenza, como no sea de haber  
apostado.

Cristo dice en una de sus ins-  
trucciones: *quien se avergonza-  
re de mí, se avergonzará de él*  
*el Hijo del hombre*; y siendo así  
¿habrá quien piense ser cristiano  
mientras se avergüenza de pare-  
cerlo?

No solo es traidor á la verdad  
el que la abandona, sino tambien  
el que no la confiesa cuando debe.

Sé decidido siempre que oigas  
una injuria tanto Jesucristo.  
¿Qué vergüenza puede experimen-  
tar tu frente armada con la señal  
de la cruz?

No te avergüences de anunciar  
lo que has aprendido, ni de defen-  
der tus creencias, aún entre blas-  
femos.

No sin motivo imprimió (Dios)  
su señal en nuestra frente, como  
en el asiento del pudor, á fin de  
que el cristiano jamás se aver-  
güenza de la cruz de Jesucristo.

*Tutissima res est, nil timere* | Lo más seguro es no temer á  
*propter Deum.* S. Laurent. Just. nadie sinó á Dios.  
de ling. vite cap. 1.

RESPECTO HUMANO; véase: COMPLACENCIA HUMANA.

## RESTITUCION.

### I.

*Reddite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei, Deo.*

Dad pues á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.

(MATH. XXII, 21.)

Tal es la respuesta que Jesucristo dá en el Evangelio á los fariseos y á los herodianos, quienes juntándose con la intencion de sorprenderle, le propusieron esta cuestion capciosa: si tenían libertad para pagar ó dejar de pagar el tributo al César. Mostradme, les dijo Jesús, una pieza de plata de las que pagais por tributo. Habiéndole presentado esta pieza, les preguntó: ¿de quién es esta imágen y esta inscripcion? Del César, le respondieron. Id pues, les dijo Jesucristo, y dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios. ¡Oh respuesta admirable! Atengámonos á ella, hermanos míos, y demos á nuestros prójimos lo que les es debido.

Mas ¿quién es el que se rinde á esta decision? No hay cosa más comun que las injusticias y los robos; y si recorremos de cerca las diferentes clases de hombres que hay en el mundo, hallaremos que casi no hay nadie que no tenga algo ajeno. No obstante; quién es el que restituye? ¿quién es el que repara el daño que ha hecho á su prójimo? Casi siempre se lisonjean á sí mismos los hombres en este punto. No halla pues cosa más útil para vosotros que hacerlos conocer la obligacion que hay de restituir lo ajeno, y las vanas excusas que se alegan comunmente para eximirse de esta obligacion. Es ne-

cesario restituir: este es un precepto de una necesidad indispensable: ved aquí la materia de mi primer punto. ¿De dónde viene, no obstante, que pocas personas cumplen con él? esta es la materia del segundo. *La restitucion es necesaria, y la restitucion es rara.* Esto es todo lo que tengo que decir hoy. Dios os haga la gracia de que os aprovecheis de ello; pidámosela por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. La restitucion es necesaria; es preciso hacerla; es preciso hacerla con tiempo; es preciso hacerla bien: estas son tres grandes verdades que voy á explicaros. Es preciso restituir. ¡Ah, que dura es esta palabra y difícil de digerir para un hombre avaro ó injusto, que se apoderó del bien ajeno! Esto hace decir al Sábio, que esta necesidad es un mal muy doloroso! *Infirmitas pessima divitia conservate in malum domini sui* (EccI. v, 12). No obstante, es necesario, porque no se puede ir al cielo con lo ajeno. El hurto mismo clama en el corazon del ladrón: es preciso volver lo que no es tuyo. Clama tan alto, que no puede sofocar los remordimientos de la conciencia ni borrar de su alma aquella ley que Dios grabó en ella: no hurtarás. Es necesario para la salvacion guardar la justicia en todas las cosas, y por la misma razon, es necesario para salvarse restituir lo que se ha tomado injustamente. Esto es decir, que sin la restitucion no hay ni verdadera conversion de parte del pecador, ni esperanza de perdon de parte de Dios. Hombre injusto, si te acercas á los sacramentos reteniendo lo ajeno, no eres penitente, te burlas de los sacramentos. Ea vano ocultas tus injusticias bajo las apariencias de piedad; ni tus confesiones, ni tus comuniones te justificarán delante de Dios, mientras tanto que conservares el fruto de tus iniquidades y que poseyeres un bien que no te pertenece. Para comprender mejor esta verdad, advertid, hermanos míos, que la restitucion de lo adquirido injustamente debe preceder á la penitencia, ó efectivamente, ó por un deseo verdadero. Sobre esto deben hacer reflexion los que tienen hacienda mal adquirida, así como los confesores y los directores de sus conciencias. Muchos años há, que has prometido á un sacerdote restituir lo que has tomado ó retenido, y aún no lo has hecho; él no deja no obstante de darte la absolucion: pero es de temer que estas absoluciones te sean inútiles y que solo hayas hecho confesiones sacrilegas. ¿Por qué? Porque la restitucion, que estás obligado á hacer de lo mal adquirido, es de una naturaleza y de una especie muy diferente de la satisfaccion sacramental: ésta se sigue á la absolucion, y aquélla debe precederla, ó efectivamente, ó en el deseo.